

PRINT

FILOSOFÍA Y MEDIO AMBIENTE

Hasta hace cien años, en estas tierras se escuchaba el golpeteo del agua contra las piedras, el retozar de las manadas de venados y pecaríes, el agudo rugir de los tigrillos y las constantes sinfonías de los pájaros que contrastaban con el cascabelear de los guaduales por acción de los vientos. Todas estas melodías de la naturaleza fueron cambiadas por el crepitar de las quemas y el canto de las hachas impulsadas por el hambre de nuestros patriarcas, que buscaban en las tierras de la Patasola y la Madremonte las esperanzas que la violencia les había arrebatado.

De este modo, el hambre, el miedo y la ignorancia convertían a los grandes árboles en sillas, casas, camas y otros objetos; mientras que los animales constituían el plato principal de muchas familias campesinas, y sus pieles apenas mitigaban la voracidad de la vanidad extranjera. Españoles y colonos constituían una marabunta que arrasaba con toda la flora y fauna que encontraban a su paso, para transformarla luego en un paisaje caprichoso de la "racionalidad" humana: los robles y los guaduales fueron convertidos en cafetales y platanales; los venados y tigrillos, en vacas y caballos; y las tórtolas y collarejas, en gallinas y piscos.

Sin embargo, el campesino aún conservaba cierto respeto por la naturaleza, reflejado en los trágicos desenlaces de las leyendas cuando alguien tomaba de la naturaleza más de lo que necesitaba. En ciertas regiones, el colonizador, antes de talar y quemar un terreno, practicaba un largo ritual exorcista para evitar que la Patasola, la Madremonte, el Duende o el Mohán lo callaran para siempre en el silencio de la selva.

Pero hace poco, este respeto y convivencia que el campesino había logrado con la naturaleza fueron tachados de ingenuidad, pues las promesas monetarias que ofrecían los monocultivos y las técnicas importadas de aprovechamiento de terrenos "erradicarían" la pobreza e ignorancia con que los gringos nos han caracterizado. Viéndolo bien, no se sabe quién es más ignorante: o nosotros porque creemos que lo importado es lo mejor, o los extranjeros porque todavía no han querido aprender de nosotros.

En la actualidad, nos damos cuenta de que aquellas viejas promesas sólo eran cantos de sirena que enceguecieron a gran parte del campesinado en Latinoamérica, y por consiguiente lo arrojaron en un descarado esclavismo económico: el campesino actual ya no trabaja para llenar su estómago y el de su familia, sino para atiborrar los bolsillos de las fábricas de pesticidas y abonos, y peor aún, para enriquecer a un Gobierno que día a día inventa más impuestos para engordar su corrupción. Todos estos hechos, combinados con una violencia incierta, sitúan al agricultor en un dilema: o esperar la muerte, o huir para seguir sobreviviendo.

Diariamente vemos en los noticieros a agricultores que, por una parte, han tenido que arrinconar sus azadones para empuñar los fusiles; y, por otra parte, diariamente presenciamos con tristeza el desfile de las caravanas de familias campesinas aterrorizadas que, al igual que el judío errante, no tienen rumbo fijo. La tierra en las uñas es sólo el único recuerdo que un campesino desplazado tiene de su propiedad.

Por otro lado, los pocos terrenos baldíos, que son el último refugio de una flora y fauna desplazada por el hombre, son desesperadamente hostigados por un latifundismo y narcotráfico que se nutren de la miseria de los desplazados de los campos y excluidos de las ciudades.

Todo lo anteriormente dicho trae a colación las siguientes observaciones: Por un lado, varias de las innovaciones técnicas en el campo de la agricultura (los monocultivos) son sólo modas traídas por los gringos que dejan como consecuencia la erosión del terreno y la expansión de plagas más dañinas que las mencionadas en la Biblia. Por otro lado, como colombiano me duele ver que este Gobierno cada vez nutre los capitales de los monopolios extranjeros con sus "formidables" políticas de libre comercio y apertura económica (como está ocurriendo con las importaciones de café de Brasil y el Congo, las importaciones de plátano y aguacate de Ecuador), mientras que nuestros campesinos tienen que embargar hasta sus vidas y regalar a un intermediario inmisericorde lo que con esfuerzo han producido. En últimas, las grandes riquezas de los países industrializados se debe a la miseria y opresión de los países sometidos.

Volviendo al tema de la ecología, los pocos parques naturales que aún preservan vestigios de una abundante vida natural son en gran parte ignorados por muchos colombianos que aún fijan sus miradas hacia el extranjero. Sabemos mucho de los camellos, elefantes, tigres, jirafas y pingüinos, pero poco o nada nos preocupamos por conocer las guaguas, cajuches, cusumbos, tatabras, osos de anteojos, zarigüeyas, perezosos, gavilanes y muchísimas especies más que aún sobreviven y esperan que las conozcamos y ayudemos a preservarlas.

Como colombianos, debemos saber que lastimosamente se secan a diario tres quebradas en el territorio nacional y que anualmente se talan doscientas mil hectáreas de bosque nativo; pero también debemos darnos cuenta de que Colombia ocupa el primer lugar a nivel mundial en tener mayor biodiversidad por metro cuadrado

de bosque, es decir, por ejemplo, que en sólo un árbol pueden convivir hasta cuarenta especies animales y vegetales; aparte de ser, junto con Ecuador y Venezuela, una de las tres regiones a nivel mundial en poseer el ecosistema de páramo... EN NOSOTROS ESTÁ EN CONSERVAR LO QUE TENEMOS Y RECUPERAR LO QUE HEMOS PERDIDO.

Por último, quizá se preguntarán dónde está la filosofía en toda esta carreta. Humildemente respondo con una distinción fundamental: el mal filósofo es aquél que engaña a la gente con frases de cajón y mentiras camufladas; el buen filósofo, en cambio, es quien se compromete a descubrir la verdad entre las mentiras para luego divulgarla a todas las personas, sin nunca esperar nada a cambio. Como bien lo expresa el filósofo Michel Foucault:

“La tarea de decir la verdad es un trabajo sin fin: respetarla en su complejidad es una obligación de la que no puede zafarse ningún poder, salvo imponiendo el silencio de la servidumbre”.

Daniel Fernando Sánchez Hernández
Licenciado en Filosofía y Letras
Profesor de la Universidad de Caldas

Close Window